============================

EL CONCEPTO TRABAJO
EN
K. MARX

============================

Antonio Barrios Ruiz

EL CONCEPTO TRABAJO, UN CONTRAVALOR

Nuestra civilización ha desintegrado todos los valores, y muy especialmente, los valores ascéticos. La imposición del Estado de Bienestar ha contribuido en gran medida a esa desintegración, dando lugar a unos valores hedonistas donde la razón humana queda excluida. No ha de extrañar que la categoría **trabajo**, que desde finales del siglo pasado venía siendo un primer valor, después de un furibundo apoyo a la libertad negativa por parte del individuo y las instituciones, sufra una transmutación y venga a considerarse un contravalor.

Como su categoría rival, la libertad, la categoría trabajo tiene un rasgo negativo y un rasgo positivo. Éste está vinculado a la economía, habiendo sido muy apreciado por los idealistas marxistas, y el rasgo negativo está vinculado a la estética.

A mi parecer, sólo Marx ha distinguido superficialmente la importancia de este mixto, aunque desgraciadamente lo hizo de dos formas diferentes: una, de manera involuntaria e inconsciente, y la otra, con conciencia histórica.

La primera viene dada por las diferencias existentes entre sus obras **Manuscritos-Ideología Alemana**

y los Grundrisse. La segunda viene dada por la dicotomía objetivación/enajenación expresada en su obra los Grundrisse, y por tanto, habrá fijación por el rasgo positivo en este estudio.

Para Marx, el trabajo es la actividad distintiva de los seres humanos, lo cual ya es un punto de partida conflictivo. Porque el trabajo requiere previamente un esfuerzo mental. Siendo así, no es la actividad distintiva de los seres humanos. Sin embargo, tal premisa --eso sí, establecida económicamente, y por tanto, bajo la condicionante de la parcialidad-- le permite sumergirse en la conciencia histórica, consiguiendo diferenciar el hombre objetivante y el hombre enajenado. Dos tipos para dos épocas.

El hombre objetivante, según Marx, es un agente que transforma objetos para sus propósitos; trabaja en aquello que le es dado. El trabajo es, pues, una actividad de auto-realización, que, al lograr sus propósitos y tener un significado, sumerge al agente al concluir el trabajo en una situación diferente de la que poseía cuando empezó.

Ahora bien: esta postura es una pauta histórica, que Marx observaría probablemente en el hombre artesano de la Edad Media. Ya para su época debía mostrársele como imposible.

En efecto, si bien entonces resultaría como simple canon económico (rasgo positivo) superfluo, para el rasgo negativo del trabajo no resultaba. Hoy, tal posición es semejante, máxime cuando el diseño industrial y técnico se ha impuesto con necesidad imperante. Pero los análisis de Marx, sin embargo, no van por esta vía.

Marx confiaba en la posibilidad de restablecer el hombre objetivante, e inventa fórmulas; fórmulas como el cooperativismo.

Tal esperanza y optimismo quizás impidió mejores resultados en sus investigaciones históricas. Desde luego, enfrente, casi a nivel mundial, tenía la imagen opuesta, la dramática imagen del hombre enajenado.

Esta es una interpretación bajo la distinción entre el sujeto y el objeto, siendo la categoría **trabajo** el único vinculo; pero además, este proceso de objetivación donador -- según Marx -- de valores al mundo toma otros modelos: fabril o de producción y relaciones sociales. Sólo apuntar que, hoy, más degradado no pueden estar los tres.

Marx no erró al suponer que el trabajo dota de valores al mundo --valores positivos, aunque, al no interesarse por cómo y por qué surgen, se olvidó (quizás por su absolutismo político) de atribuirle la creación de dichos valores al hombre o a las instituciones.

El hombre enajenado, como su opuesto, también es un agente que transforma objetos para sus propósitos, pero difieren porque los propósitos de aquél son particulares y los de éste universales. Mejor dicho: aquél produce con vistas al consumo propio y concreto, y por tanto, a un mercado reducido; éste, en cambio, con vistas únicamente a un mercado universal. Aquél comercializa su producto, y éste sólo interviene en la producción. Por tanto, el significado del producto adquiere diferente valor. Y ahí, en esa separación hombre-producto, radica la enajenación.

Hasta aquí el análisis de Marx es valioso; pero surge un gran problema: ¿Qué entendía en la práctica por trabajo Marx? ¿Incluía tanto el trabajo manual como el trabajo intelectual? Si Marx llegó a demarcar tal distinción, debió darla por evidente y siempre supuesta, y por eso todo apunta a que nunca se planteó tal elucidación. Filósofos posteriores, como el italiano A. Labriola, han dado posibles conclusiones pro-marxista como que pensar es producir. Sin embargo, por su contexto industrial y elitista, para Marx, trabajo significaba el trabajo manual. Dogma marxista que aún en las clases proletarias revuela.

Ahora bien: si esto es así, es decir, si el trabajo no es participar en la producción, sino producir, tanto para el hombre objetivante como para el hombre enajenado, el trabajo es una actividad creadora, pero no una actividad auto-creadora, como Marx suponía; pero más aún para el hombre enajenado, el tipo predominante en nuestra civilización.

Las razones son varias. Sólo expondré tres que son comunes para ambos modelos de hombres trabajadores. La primera es, contra Marx, que el agente no es hoy un individuo en relaciones sociales, y por tanto, trabajando con (aunque sí **por**) un propósito común.

La solidaridad ha muerto, tanto en los corazones humanos como en la cabeza de las instituciones. Cada vez más, como medio de autodefensa, el hombre se retrae y se somete a la autodiversión, dejando en manos, en buenas manos o, mejor, en manos profesionales, toda clase de asuntos sociales, porque --considera-- el buen vivir es el vivir sin responsabilidades pero con el máximo de dinero en el bolsillo. Es la renuncia absoluta a la sociedad civil en pro de la sociedad estatal.

Ahora bien: esto sólo es posible si se logra un buen trabajo remunerado. Tal actitud hedonista, pues, provoca el colapso laboral, que nada funcione. El producto o servicio, por tanto, carece de significado; no se trabaja con un propósito común, sino por (e individualmente) un propósito común: el salario. Y pese a todo, el trabajo continúa siendo --como para Marx-- una **actividad viva y orientada a un fin.**

La segunda objeción al rasgo positivo del trabajo viene por la consideración de Marx de que al satisfacer el efecto del trabajo 'las necesidades del agente, estos objetos llegan a tener un uso o valor para el sujeto.'

Pues bien: es indispensable, en relación a dicho valor, distinguir entre agente o productor y sujeto o consumidor. Marx parece --o por lo menos, así interpreta Goul—referirse a las necesidades del productor, pero éste produce incluso cosas que no usa o usará. Por consiguiente, el valor del objeto no es igual para el productor y para el consumidor subjetiva y objetivamente.

La tercera, aunque bien puede parecer una conclusión, no lo es, porque los agentes -- en tanto productores -- no se transforman a sí mismo, y ello es válido tanto para los trabajadores manuales como los trabajadores intelectuales pasivos. Porque éstos no innovan.

En efecto, si los agentes no se transforman a sí mismo, ya que carecen de propósitos y no consideran valores diferentes, presupuesto indispensable para que estalle el relativismo ético-político del individuo, los agentes no llegan a desarrollar nuevas capacidades y habilidades, y por tanto, no llegan a reconocer en sí nada, salvo eso, un nihilismo absoluto.

Ahora bien: en tanto en el agente manual las capacidades y habilidades físicas no se desarrollan -- aunque se perfeccionan -- y tampoco menguan, en el agente intelectual ocurre a la inversa.

Este proceso, pues, es el generador de una animalidad o irracionalidad cada vez más intensa en el

hombre llegando incluso a la cegadez. Bien es verdad que el arte ha invadido a la sociedad, pero las masas beben de él sólo extensamente, por lo que no influye en la capacidad compresora, y por tanto, no puede refinar la sensibilidad.

BIBLIOGRAFÍA

1983: CAROL C. GOULD, **Ontología social de Marx.** Fondo de Cultura Económica, México. Traducción Mariluz Caso